

LA ACDRA Y SU EXPERIENCIA DE SOLIDARIDAD CAMPESINA

6

“Aquí todo va de mal en peor. La semana pasada se murió mi tía Jacinta, y el sábado, cuando ya la habíamos enterrado y comenzaba a bajársenos la tristeza, comenzó a llover como nunca. A mi papá eso le dio coraje, porque toda la cosecha de cebada estaba asoleándose en el solar”.

Juan Rulfo, “Es que somos muy pobres”; cuento de El Llano en llamas.

En los capítulos anteriores hemos visto diversos paisajes sobre el Sur de Jalisco, tanto de su contexto como de la inserción de la ACDRA en el proceso de transformación regional. Especialmente se ha puesto atención en el análisis de los procesos de territorialización desde la perspectiva crítica de los derechos ciudadanos como ángulos de las prácticas de la organización. Asimismo, se presentó un análisis sobre la relación de la ACDRA con la diócesis de Ciudad Guzmán, dada la importancia que este actor ha tenido en las dinámicas religiosas y sociales de la región. Conviene profundizar ahora, aunque sea brevemente, nuestro estudio de la ACDRA desde el ángulo cultural como procesos de “resignificación/des-significación” de sus prácticas en la construcción de sus alternativas para el cambio regional.

Introducción

Como un augurio de Juan Rulfo, México se ha convertido en una tragedia nacional, un escenario de barbarie que alcanza su clímax con los 43 estudiantes normalistas de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, desaparecidos desde fines de septiembre de 2014. Con toda su crudeza, se trata apenas de la punta del iceberg dado que algunos cálculos señalan que en este país existen más de 22 mil desaparecidos y más de 100 mil muertos desde fines del año 2006 a la fecha, producto de la guerra contra el crimen organizado emprendida por el Estado mexicano. De ahí que el propio Comité de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) contra la Desaparición Forzada, al presentar sus recomendaciones al gobierno mexicano en febrero de 2015, sostenga que las desapariciones forzadas en México son generalizadas y que la mayoría de ellas quedan impunes.

En contrapartida, además de las múltiples manifestaciones masivas de repudio de la sociedad mexicana ante esta violencia estructural, numerosos grupos campesinos, indígenas y urbano-populares en todo el territorio nacional construyen día con día alternativas solidarias de diversos tipos. Es el caso de la Alianza Ciudadana para el Desarrollo Regional Alternativo en el sur del estado de Jalisco (ACDRA-SURJA), organización social de tipo territorial cuyo origen se remonta hacia fines de la década pasada. Como hemos insistido ya, esta organización surge por una iniciativa de vinculación universitaria del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) con el fin de articular las numerosas prácticas colectivas presentes en el Sur de Jalisco desde la perspectiva de la construcción de alternativas al desarrollo territorial dominante en dicha región. La presente colaboración es parte de los productos derivados de esta asesoría y acompañamiento del ITESO, mediados por un proceso de Investigación Acción Participativa. De esta experiencia de solidarismo popular damos cuenta en el presente capítulo, partiendo de un acercamiento al modo de vida campesino en México para posteriormente compartir la experiencia de la ACDRA en sus diversas dimensiones ciudadanas tomando en consideración los modos de vida, las prácticas culturales y los valores que han venido animando a la organización desde sus orígenes.

6.1 Solidarismo popular y campesinado en México

Con múltiples expresiones y guiones diversos –porque la diversidad es la fuente de esta obra mexicana esperanzada-, las resistencias-alternativas van surgiendo por todo el territorio nacional de las entrañas mismas de este pueblo solidario y sufrido: economías solidarias que emergen y se desarrollan a contracorriente de la adversidad sistémica, luchas contra despojos diversos y en defensa de la naturaleza como madre tierra, propuestas de movilidad alternativa e incluyente, defensa de los derechos humanos y ciudadanos, construcción de medios de información alternativos y en redes sociales –tecnopoder le llaman algunos- resistencias a las contra-reformas del régimen actual –laboral, energética y petrolera, educativa, financiera, política, entre otras-.

Buena parte de estas resistencias-alternativas se inscriben en las economías solidarias populares, expresiones de apuestas emergentes que se extienden a lo largo y ancho del país y que abrevan de la tradición mexicana tanto urbana como rural. Caben aquí la diversidad de formas agrarias y comunitarias que lograron sobrevivir al largo invierno colonial y al despojo de los gobiernos independentistas del siglo XIX, hasta las nuevas dotaciones de tierras realizadas a los campesinos vía los ejidos y el reconocimiento de las comunidades indígenas con los gobiernos progresistas postrevolucionarios del siglo XX. Caben también las diversas sociedades mutualistas, cooperativas de tipos distintos, empresas de propiedad mayoritaria de trabajadores y las asociaciones civiles y productivas construidas desde abajo por los sectores populares y clase medieros.

Así, hacia fines del 2013, se estimaba (Universidad Iberoamericana, 2013) –porque en México no existen cifras precisas de ello ni contabilidad nacional específica del sector social-solidario- que en nuestro país este sector se integraba por alrededor de 50,000 empresas asociativas con cerca de 12 millones de socios (casi el 28% de la Población Económicamente Activa del país). La gran mayoría de estas empresas solidarias correspondían al sector agrario –con aproximadamente 30,000 entre ejidos y comunidades indígenas, y con participación de más de tres millones de personas¹. Aquilatar, por tanto, su importancia social, territorial, ambiental y

1 A partir de la Ley de Ejidos de 1920, se comenzó a denominar “ejidos” a aquellos núcleos de población que recibieron tierras a partir de la reforma agraria, y “comunidades agrarias” a las comunidades indígenas que habían conservado sus tierras y que solamente recibieron sus títulos de confirmación de su propiedad ancestral.

económica-productiva resulta fundamental para el país y sus recursos naturales cada día significan más un botín apetitoso para el capital, vía la acumulación por despojo.²

Asimismo, el sector cooperativo contaba con cerca de 15,000 organismos de base y casi siete millones de afiliados³, mientras que las Sociedades de Solidaridad Social (SSS) eran casi 5,000 y asociaban a poco más de 200,000 personas. Finalmente, de las empresas propiedad de los trabajadores se sabe muy poco, de manera que hacia 1990 se reconocía la existencia de 333 empresas activas en todo el país (Universidad Iberoamericana, 2013).

Además, otras numerosas expresiones de las economías solidarias y sus redes de apoyo e intercambio se extienden por todo el territorio nacional: desde tianguis y ferias solidarias, ambientales, artesanales, medicinales, gastronómicas y del tequila⁴, hasta monedas locales o comunitarias -17 vigentes en el país-, encuentros nacionales de economía solidaria, bancos de tiempo (para prestación de servicios mediante intercambio sin cobro en monetario) y sistemas de trueque (intercambio de productos sin mediar ningún tipo de moneda).

No obstante la terca presencia de esta diversidad de economías sociales y solidarias, campesinas e indígenas, y los recientes avances en políticas públicas –desde la promulgación de una ley en la materia hasta la conversión de una institución pública en Instituto Nacional de la Economía Social- las carencias y necesidades de este sector siguen siendo enormes.

Ahora bien, de acuerdo con Armando Bartra (2012: 1), antropólogo social y estudioso del mundo rural, el campesinado

2 De acuerdo con la Revista Estudios Agrarios de la Secretaría de la Reforma Agraria (2011), las organizaciones sociales rurales poseen en México el 51% del territorio nacional con cien millones de hectáreas donde se encuentra el 80% de los bosques y selvas, el 74% de la biodiversidad y las dos terceras partes de los litorales que tiene el país. Además, el sector social rural produce casi la mitad de la producción agrícola total.

3 Se incluyen las cooperativas de productores de bienes y/o servicios, de consumidores, de ahorro y préstamo y los organismos de integración cooperativa. Las más importantes en membresía son las de ahorro y crédito, con 640 cooperativas, más de 6 millones de socios y activos por cerca de 90 mil millones de pesos.

4 Entre las principales ferias se encuentra la de Dolores Hidalgo, que concentra anualmente a miles de visitantes y el Tianguis Tláloc, con su moneda local, se ha convertido en un promotor importante de los tianguis solidarios y de las monedas comunitarias en México.

mexicano –“los campesindios”⁵- ha estado sometido a numerosos cambios en sus formas de vida y su reproducción, de manera tal que “en el mundo rural, el trabajo y el ingreso son cada vez menos agrícolas y las formas de vida cada vez más urbanas, sin embargo el núcleo duro de la condición campesina se mantiene por mucho más tiempo de lo que piensan los sostenedores de la nueva ruralidad”.

Ello significa que la pluriactividad es hoy en día la estrategia de sobrevivencia de las familias rústicas o rurales, donde la producción por cuenta propia aporta la porción menor de unos ingresos que provienen principalmente del trabajo asalariado, del pequeño comercio o de transferencias como subsidios públicos y remesas de migrantes. Frecuentemente acontece que esta producción con medios familiares ya no sea agropecuaria sino artesanal o de servicios. Sin embargo, sostiene el antropólogo social, por mediado que esté, en el mundo rural se mantiene un nexo perceptible entre esfuerzo y recompensa, entre producción y consumo. Este nexo es el corazón de la racionalidad campesina y permite mantener en operación a la economía doméstica y la vida comunitaria. De ahí que, a pesar de todo, sostiene Bartra, los mesoamericanos no sembramos maíz sino que hacemos *milpa*, dado que el maíz es planta y la milpa es modo de vida. La milpa es matriz de la civilización mesoamericana y también paradigma de vida buena y componente fundamental de su cosmovisión.

Pero esta forma de vida campesino/indígena –o campesindiano está exenta de las relaciones dominantes de producción y explotación del capital en su fase actual neoliberal. Para Bartra (2006), definir al campesinado como clase social requiere comprender que se trata de una clase sometida a las relaciones de explotaciones múltiples y complejas que se combinan a la extracción del excedente a través del intercambio desigual en el mercado y la obtención de la plusvalía por medio del trabajo asalariado a tiempo parcial. Esta visión simbiótica del campesino–capital es válida tanto en Chiapas y Oaxaca –cuna histórica del maíz- como en el Sur de Jalisco, donde la ACDRA tiene su asiento.

Por otra parte, junto con el saber lego, el sentido común y el saber popular, los saberes campesindios han sido soslayados o francamente discriminados por el saber científico desde la

.....
5 Como habíamos advertido en la presentación del documento, se trata de un neologismo acuñado por Armando Bartra que hace referencia a esta pluriactividad económica y cultural compartida tanto por el campesinado mestizo como por el campesinado indígena. De ahí la fusión conceptual como una categoría nueva: campesinos e indios.

modernidad. En un esfuerzo por conjugar la ecología de saberes que defiende Santos (2010) o el diálogo de saberes reivindicado por numerosos autores, rompiendo con la jerarquía del saber científico y su colonización (Quijano, 2008), en México estos saberes han sido destacados de diversas formas. De acuerdo con Pérez y Argueta (2011), se identifican en nuestro país numerosas nociones en torno a ellos: sabiduría popular, saber local, folklore, ciencia indígena, ciencias nativas, conocimiento campesino, sistemas de conocimiento tradicional, sistemas de saberes indígenas; en otros países occidentales, ciencia de lo concreto, conocimiento popular, ciencia del pueblo, ciencia emergente, epistemologías locales o alternativas; en las ciencias ambientales, conocimiento ecológico tradicional, conocimiento ambiental; en la medicina, como medicina indígena, medicina tradicional, medicina herbolaria, folk medicine; en la agricultura, conocimiento campesino, saberes agrícolas locales, conocimiento tecno-productivo campesino.

Este conjunto de reconocimientos de los diversos saberes populares y campesindios encuentra su sentido en las formas de vida en que se sustentan y reproducen. Y este saber subalterno, descolonial, desde abajo, emerge desde las entrañas y raíces populares y rurales para ser utilizado y mercantilizado cada vez más por los científicos modernos: los bancos de germoplasma de semillas y sus patentes, las plantas medicinales y sus usos indígenas-ancestrales, las formas de reciclaje industrial, etc. Desconocimiento científico de otros saberes, por un lado, y su reconocimiento mercantil, por otro, siguen siendo parte de esta perversidad capitalista. No obstante ello, como bien afirma Boaventura de Sousa Santos (2010), la ecología de saberes nos capacita para reconocer tanto lo que no sabemos como lo que sabemos, en una dialógica saber-ignorancia.

6.2 La ACDRA-SURJA: solidarios, campesinos, ciudadanos

Tierra de grandes artistas mexicanos como Juan Rulfo, Juan José Arreola y José Clemente Orozco, el Sur de Jalisco es un paisaje abigarrado donde conviven volcanes y nevados con sitios Ramsar⁶ de aguas mínimas y extensas –humedales reconocidos internacionalmente-, verdes sierras de pinos y

.....
6 Ramsar es el tratado que se negoció en el decenio de 1960 entre países y organizaciones no gubernamentales preocupados por la creciente pérdida y degradación de los hábitats de humedales para las aves acuáticas migratorias. Se adoptó en la ciudad iraní del mismo nombre en 1971 y entró en vigor en 1975.

encinos que dan lugar a valles fértiles que las unen, arroyos y ríos que bajan de las sierras y superficies saturadas de invernaderos de berries, maizales con vocación campesina resistiendo tercamente a la producción agroindustrial de semillas patentadas. Y esta diversidad de paisajes y ecosistemas convive también con las fiestas y celebraciones comunitarias, principalmente religiosas, pero además con las múltiples alternancias políticas municipales –donde las diversas familias dominantes cambian de partido como de sombrero sin modificar realmente el paisaje político e ideológico dominante- e incluso, cada vez más, en relación con el crimen organizado.

Los indicadores sociales, ambientales, económicos y políticos, junto con los testimonios de los miembros de la ACDRA, dan cuenta de ello en nuestro análisis. De manera que ni desde la perspectiva del “desarrollo sustentable” y sus resultados ni desde el “buen vivir”, el actual modelo regional ha cumplido con los requisitos de generación de crecimiento económico, distribución del ingreso para la equidad social y la necesidad de la conservación ambiental, entre algunos sus principales criterios.

Asimismo, desde la óptica territorial, lo que ha prevalecido es un “regionalismo de tipo contractual”⁷ que permite la convergencia de los diversos actores de poder y sus apuestas regionales generando un proceso desarrollista excluyente, depredador y violador de los derechos ciudadanos. No obstante lo anterior, se puede afirmar que el Sur de Jalisco es una región que expresa las contradicciones propias del modelo de expansión del capital en México, pero también la diversidad de luchas y resistencias de sus pobladores, impulsadas desde abajo por los campesinos de la región para conservar sus modos de vida y construir alternativas al modelo dominante, neoliberal y neocolonial.

Teniendo en cuenta estas características del sur y las experiencias de lucha más recientes, a principios del año 2007 se constituye la Alianza Regional para el Desarrollo Alternativo en el Sur de Jalisco (ACDRA-SURJA), organización no formal o red de colectivos, mediante el compromiso de diversos grupos sociales de 22 municipios con el fin de articular las diversas alternativas construidas comunitariamente y avanzar hacia un

.....
7 Entendemos por “regionalismo contractual” al que se surge desde el poder, ya sea desde las instituciones estatales o desde las iniciativas de capital, lo cual configura un tipo de región bio-antropo-social centrada en los intereses dominantes. En contrapartida, el “regionalismo comunitario” se basa en la fuerza identitaria que surge desde la cultura y las luchas desde abajo.

modelo regional alternativo generado “desde abajo”, es decir, desde el campesinado pobre de la región.

Algunos autores, como Alejandro Macías (2007), dan cuenta de la dificultad para avanzar históricamente en una identidad regional en el Sur de Jalisco, ya que desde las características geofísicas hasta los aspectos históricos, económicos, políticos y culturales se han conjugado para que no exista un sentimiento de pertenencia a una región común, como sucede en otras regiones del país y de Jalisco. Y esta dificultad, es decir, el dominio de las identidades locales sobre la identidad regional, se ha manifestado históricamente en este territorio dada la enorme diferenciación social y fragmentación territorial producto del modelo de modernización económica y la integración regional a dicho modelo desde la primera mitad del siglo XX, reforzada además por la imposición del modelo neoliberal de las últimas tres décadas (De la Peña, 2008).⁸ Por esas razones, más allá de los acuerdos institucionales para determinar la composición territorial de una región, desde la lógica de los “regionalismos comunitarios”, es la identidad el cemento con que se construye la región.

Pero al mismo tiempo se reconocen valores de solidaridad y generosidad fuertemente arraigados en la población del sur de Jalisco -donde la atención y cuidado a los ancianos sigue siendo una realidad, la participación activa y solidaria de las comunidades ante desgracias personales o sociales se mantiene vigente, las tandas o sistema de ahorros personales en pequeños grupos continúa o el cuidado de la naturaleza como portadora de vida-. De ahí que, tomando en cuenta la pluriactividad campesina como estrategias del modo de vida en la región, la ACDRA ha venido construyendo sus alternativas desde abajo y poco a poco. La pluriactividad campesina se sustenta en la combinación de diversas prácticas y trabajos, algunos a cuenta propia como la siembra de su parcela, el cuidado de sus animales, el huerto familiar y el comercio en pequeño, y otros además como asalariados cuando están libres de las faenas y temporadas del campo.

De manera que, luego de poco más de siete años de un trabajo intensivo y participativo (2007-2014) -que incluyó convocatoria, organización, diagnósticos municipales y regional, elaboración de proyectos municipales, integración de ejes y formu-

.....
8 La cultura regional más o menos homogénea empezó a ser agredida por la Revolución, el reparto agrario, la expansión de las comunicaciones y los mercados y el surgimiento de un sistema político crecientemente centralizado durante la primera mitad del siglo XX (De la Peña, 1994: 218, citado por Macías, 2007).

lación de proyectos regionales, evaluaciones, capacitación y formación ciudadana, constitución de asociaciones civiles, entre otras muchas acciones- realizado entre los académicos del ITESO, un grupo significativo de presbíteros de la diócesis y de otro más amplio constituido por dirigentes sociales y laicos de la región, la organización ciudadana resultante, la Alianza Ciudadana para el Desarrollo Regional Alternativo en el Sur de Jalisco –ACDRA Surja- es hoy una realidad a pesar de sus limitaciones.

No se pretende dar cuenta aquí de todo el proceso seguido para la constitución de ese sujeto regional y de su consiguiente proyecto alternativo, sino destacar tan sólo algunos de los aspectos más relevantes de su proceso de territorialización ciudadana y campesindia y, por tanto, alternativa y contra-hegemónica a las regionalizaciones dominantes en el Sur de Jalisco. Subyacía entre los promotores de esta idea la convicción de romper con la dispersión y aislamiento de numerosas iniciativas ciudadanas con el fin de articularlas regionalmente para potenciarlas y lograr un mayor impacto social. Articular, sumar, unir lo disperso y sistematizar dichas alternativas se convertía en la base de la estrategia regional para enfrentar el desempleo y el empleo precario, los problemas ambientales y la falta de incidencia efectiva de tipo socio-político.

Así, como se ha descrito en el capítulo 3, en el recorrido realizado por la ACDRA desde su constitución en febrero de 2007 es posible encontrar una serie de etapas diferenciadas en este proceso de construcción de un sujeto social y el proyecto de desarrollo regional alternativo. Se trata, insistimos, de fases no lineales ni continuas cuyos contenidos principales son: a. acuerdo inicial, b. asociacionismo predominante, c. presencia y acción visible en los espacios públicos y d. incidencia en la discusión y toma de decisiones de lo público en la región (Sánchez et al, 2012).

Para llevar a cabo un proceso de esa envergadura era preciso dotarse de una estructura organizativa. Como hemos visto ya en el capítulo 4, una vez descartada la estructura verticalista de las organizaciones empresariales, burocráticas y políticas, la ACDRA optó por una estructura organizativa sencilla y de tipo reticular. Su membrecía desde entonces ha sido totalmente libre, por lo cual no existen directorios ni padrones de sus participantes, ya sea en lo individual o como grupos.⁹

9 Con el paso del tiempo, diversas micro-regiones fueron dejando su interés por la ACDRA y terminaron por abandonarla: algunas muy temprano, como la Transvolcánica, y otras un poco después, como la Sierra del Tigre. Las razones principales de ello fueron la falta de una visión regional de sus esfuerzos, la necesidad de concentrarse en sus luchas organizativas locales o micro-regionales, o la falta de interés o recursos de sus promotores y dirigentes, entre otras.

Finalmente, lo analizamos ya en el capítulo cinco, la estructura de la ACDRA quedó integrada desde el año 2014 con: a. una “Asamblea” que se realiza anualmente; b. un “Equipo Promotor” integrado por tres representantes de cada uno de los 10 municipios que participan en la organización y el cual sesiona trimestralmente como encargado de impulsar las acciones de planeación, ejecución, seguimiento y evaluación del proyecto regional; c. los promotores responsables de las tres micro regiones de la ACDRA –Lagunas, Sierra y Cañeras– así como los líderes de los proyectos regionales y, finalmente, d. la Comisión Coordinadora, la cual se encarga de preparar la agenda de discusión del equipo promotor¹⁰. La organización se apoya, además, en dos organizaciones civiles sin fines de lucro creadas expresamente para dar soporte, asesoría, acompañamiento y gestionar donativos para los diversos proyectos¹¹.

6.3 Construyendo la ACDRA desde la cultura popular solidaria

Hemos visto en el capítulo cinco el análisis del regionalismo ciudadano de la ACDRA y que, como un contenido fundamental de su estrategia, sus acciones colectivas han sido impulsadas, en tanto alternativas al desarrollo regional dominante, desde las dimensiones de ciudadanía -económica, social, civil, política, cultural y ambiental-. Sin embargo, es preciso advertir que estas dimensiones cobran su sentido desde la matriz cultural que las anima, dado que están sustentadas en el conjunto de sentidos, símbolos, representaciones sociales y valores propios del modo de vida campesindio presentes en el Sur de Jalisco, aunque también por un proceso de concientización permanente de sus miembros. Y este esfuerzo de concientización pasa necesariamente por la acción colectiva donde la construcción de alternativas es, además, una parte consustancial del proceso organizativo regional. Por ello, aprovechar las profundas raíces culturales de las comunidades junto con las capacidades de las personas -con el fin de rescatarlas, recrearlas, ensancharlas, potenciarlas y ampliar su conciencia sobre las causas estructura-

10 Esta comisión se integra con los ocho de los dirigentes más destacados de la organización y se apoya en los cuatro asesores del ITESO y en dos de los presbíteros más activos en el proceso.

11 Dichas instituciones sin fines de lucro son: Participación Organizada para el Desarrollo Regional Alternativo, A.C. (PODER, A.C.) y Surja Educación Ciudadana, A.C. (SURJA, A.C.).

les de sus necesidades y problemas-, por un lado, y generar proyectos alternativos exitosos, por otro, han sido el binomio necesario para el fortalecimiento de la ACDRA.

Por responder a sus necesidades e intereses personales y colectivos, la ACDRA ha sido una esperanza materializada y concreta de construir esa red regional ciudadana: "(...) para mí ha significado la esperanza, como la oportunidad de lograr esa red regional" (José). Pero sobre todo, la ACDRA ha sido un espacio de encuentro de personas y colectivos, de entretejido social y comunitario, de articulación regional de proyectos y luchas, de formación y crecimiento, de potenciación y fuerza colectiva, de impactos no sólo inmediatos sino en el mediano y largo plazos, de ciudadanía organizada y activamente propositiva, como se pretendía desde el inicio:

"(...) en donde encuentras el espacio para articularte con otros, para fortalecerte unos con otros, para hacer que el trabajo rinda, que se haga fuerte, que tengamos en donde y con quien apoyarnos (...) Un espacio de crecimiento, de apoyo, de ir madurando, de ir tejiendo y fortaleciendo lo que ya estamos haciendo (...) ¿no?" (Clara)

De manera que, desde la dimensión económica, la economía solidaria va convirtiéndose en un factor aglutinante y articulador de la ACDRA de las pequeñas organizaciones y emprendimientos cooperativos y solidarios que existen históricamente en las comunidades de la región: pequeños grupos informales, cooperativas de ahorro y crédito, cajas populares, cooperativas de producción y de consumo, grupos campesinos de producción orgánica, etc.

La matriz cultural que se encuentra a la base de estas prácticas económicas es resultante histórico de un híbrido entre las formas campesindias de producción (existencia de pequeños ranchos, ejidos y comunidades indígenas), de distribución e intercambio (la persistencia de los "tianguis" indígenas como mercados informales alternativos), de financiamiento (el ahorro y préstamo familiar y comunitario con base en las "tandas" de los pequeños grupos de cercanía y confianza) y de consumo (compras de proximidad en economías locales y comunitarias). Sin dejar de lado las comunidades y sus pequeños grupos pero buscando articularlos, el impulso a la estrategia de prácticas socioeconómicas -que partan de los valores de la economía solidaria como la reciprocidad, la solidaridad, la preeminencia del trabajo sobre el capital, la participación democrática, la relación armónica con el medio ambiente, entre otros- es una práctica que ressignifica los valores sociales y comunitario distintos a la búsqueda indi-

vidualista y egoísta del lucro, la acumulación de capital y el libre mercado.

Es posible ubicar en esta escala regional de la ACDRA sus encuentros anuales de intercambio de experiencias y las ferias-tianguis regionales y micro-regionales de comercialización realizadas semestralmente, los talleres de capacitación y formación socio-empresarial, la asesoría para el fortalecimiento y la gestión cooperativa, la realización de diagnósticos de los derechos laborales, entre otras acciones, hacia la construcción de alternativas locales y regionales. Se trata de vivir los derechos ciudadanos económicos (como trabajadores o empresas sociales), desde la economía de la solidaridad construyendo alternativas locales y a nivel regional frente a la exclusión y precariedad del empleo de la economía del capital:

"(...) si tú quieres construir una alternativa económica, está el comercio justo, la economía solidaria, ¿no? (...) Entonces, yo pienso que puede ser una alternativa porque te das cuenta de que no se ocupa tanto, con que tengas lo necesario, lo suficiente para vivir dignamente" (Clara)

Bajo el nombre de "Al grano, Sistemas Alimentarios Alternativos del Sur de Jalisco" (AL GRANO-SAAS), el proyecto regional sobre alimentación para la soberanía alimentaria (producción, intercambio y consumo) es la nueva apuesta de la ACDRA. En la etapa de replanteamiento de la organización (desde el primer semestre de 2014 en adelante) y luego de un nuevo proceso de formulación diagnósticos de doble perspectiva para re-conocer los agravios, necesidades, derechos y valores más sentidos en las comunidades, por un lado, junto con los saberes, recursos, capacidades, conocimientos y esperanzas de los campesinos, por el otro, surgió la posibilidad de este proyecto aglutinador regional.

De manera que partiendo de los problemas y potencialidades alimenticios personales, familiares y comunitarios, la ACDRA se encuentra impulsando esta propuesta como una alternativa por la soberanía alimentaria regional, recuperando sus mejores prácticas culturales de consumo, intercambio justo y producción de alimentos (gastronómicas y alimenticias). Actualmente se encuentra en la fase de reconocimiento de posibilidades y proyectos alternativos mediante la elaboración de catálogos de productores y productos, huertos familiares, recetarios gastronómicos, compras en común, etc.

Desde la perspectiva estrictamente cultural ya hemos visto en el capítulo anterior a las Comunidades Eclesiales de Base (CEB's) como un aliado de la ACDRA a nivel local y regional,

aunque no de manera formal. Estimuladas por la “teología de la liberación” y la “opción por los pobres” como referencias éticas fundamentales, estos pequeños grupos de reflexión-acción¹² o CEB’s se han convertido en un factor de cambio y transformación en el sur de Jalisco (Sánchez, S/F a y b). Y esta forma peculiar de integrar fe y política, o fe y acción social colectiva, ha significado impulsos y frenos desde la iglesia particular (Diócesis de Ciudad Guzmán, 2009).

En este sentido, si bien la religión puede ser un factor de identidad común, también es cierto que la manera de vivirla se va transformando lentamente o de una forma dinámica. En el caso del Sur de Jalisco y de la diócesis de Ciudad Guzmán, esta manera tradicional de vivirla se mantiene en un amplio sector de la población, pero también es cierto que ha sufrido una transformación radical en muchas personas y comunidades, al pasar de una práctica tradicional a una fe liberadora.

De ahí que un aspecto fundamental de la identidad cultural y de los valores populares y campesindios se encuentra en su carácter lúdico y festivo. Las fiestas religiosas, en México y en el Sur de Jalisco, son el resultado de la rica herencia cultural prehispánica y el fervor religioso impuesto por el colonialismo español, un verdadero híbrido cultural de las celebraciones. Conviven en ellas, aunque no sólo, los valores, creencias y normas así como las tradiciones, símbolos, ritos, costumbres y mitos, junto con la memoria colectiva, los conocimientos, estilos y modos de vida. Son, con todo, un conjunto de significaciones diversas: las religiosas patronales, las cívicas y las ferias. Ellas expresan los sentimientos más profundos del pueblo mexicano y el valor social que cada región le otorga. Son, asimismo, un sostén de la estructura social y del tejido comunitario y han contribuido a evitar la pérdida de identidad, de los valores tradicionales y la desintegración comunitaria, para convertirse en salvaguarda ante la descomposición social y la tragedia de los mexicanos, una suerte de sobrevivencia cultural a pesar del horror en que nos sumergimos. En la organización de las fiestas participan todos los sectores sociales, cada uno de ellos en el rol que le asignó la comunidad.¹³

.....
12 Con el método Ver (la realidad), Pensar (analizar críticamente la realidad a la luz de la palabra de Dios), Actuar (incidir en la realidad mediante acciones transformadoras), Celebrar (la vida y la palabra) y Evaluar (los avances y dificultades en su camino), las CEB’s han sido un motor para el surgimiento de organizaciones populares en diversas regiones del país y de América Latina.

13 Entre los roles más significativos están las “mayordomías” o encargados de la fiesta, pero también están los “capitanes” de los grupos de danza y de las representaciones, los encargados de la música y la pirotecnia y quienes elaboran las comidas tradicionales para la ocasión.

Por lo anterior, en esta tensión permanente entre la conservación/transformación de la religiosidad popular, son notorios la diversidad y el arraigo que las tradiciones religiosas populares tienen en la población sureña de Jalisco, dado que las numerosas fiestas patronales se constituyen en un factor de unidad y sello identitario en los diversos municipios de la región. Dichas fiestas se celebran normalmente bajo el formato común regional de un novenario (nueve días de duración), en el marco de actividades diversas como peregrinaciones y misas, la participación de danzantes y sonajeros –existen numerosos grupos en cada municipio-, fuegos artificiales, comidas, etc. Entre las principales de estas fiestas patronales, realizadas desde los tiempos de “La Colonia”, conviene señalar las del señor San José en Zapotlán el Grande, combinadas con la Feria, además de la fiesta de la Virgen de la Defensa en Juanacatlán y Atemajac de Brizuela, la fiesta de San Francisco y del Señor del Perdón en Tuxpan y Zapotiltic, la Fiesta de los Naturales y el carnaval en Sayula, entre otras más. Asimismo, la participación de la población es muy amplia y variada: además de hacerlo en las estructuras parroquiales, las mayordomías se encargan de la organización y financiamiento principal de las fiestas. Por su parte, grupos de danzantes se auto-organizan y entrenan todo el año para este acontecimiento y muchos “fuereños” –emigrados a otros lugares- regresan a sus respectivos pueblos para celebrar junto con sus familias.

Al parecer, la raíz de la forma conservadora de vivir la religión tiene una matriz cultural sustentada en la forma como la gente fue educada en torno al conformismo, la sumisión a la autoridad y la evasión del compromiso, en donde la religión tradicional ha jugado un papel fundamental de sometimiento a la realidad histórica y sostén del sistema dominante. En contrapartida a la conservación de estas tradiciones, la transformación pasa por el hacer de las celebraciones religiosas acciones que retomen la vida de las comunidades y los símbolos culturales de nuestro pueblo (Sánchez, S/F a: 5.3), y a la vez un compromiso concreto a favor de la justicia, el bien común, el respeto a la naturaleza y la defensa de los derechos ciudadanos. Este compromiso es entendido por las CEB’s como el reinado de Dios en la historia a partir de su misión como iglesia de base y como experiencia práctica de una fe liberadora de todo tipo de opresiones (Sánchez, S/F a y b).¹⁴

.....
14“La Comunidad eclesial de base es ‘La Iglesia de Jesús con todos sus elementos fundamentales ahí donde el pueblo se juega la vida’. Se conforma, por tanto, por la articulación de los grupos y servicios que se prestan en el barrio o rancho. Es la comunidad que se responsabiliza de la vida cristiana de la comunidad más amplia. Sólo así se podría pensar en que la parroquia se estructurase a través de la articulación de comunidades, llegando a ser: Comunidad de comunidades” (Sánchez, S/F a: 1.3).

Por otra parte, como un reconocimiento al valor de la naturaleza y de la biodiversidad existente en el Sur de Jalisco, expresada en la existencia de una gran variedad de ecosistemas -sierras, lagunas, volcanes, ríos, valles, semidesiertos-, desde el modo de vida campesino, el derecho a un medio ambiente sano y la obligación de conservarlo es una de las más importantes apuestas de la ACDRA y forma parte fundamental de su toma de conciencia.

Lo que sustenta este reconocimiento de la necesidad de conservar el medio ambiente es una práctica cultural muy arraigada en los sectores populares mexicanos, particularmente en el medio rural. Nos referimos aquí a los procesos sustentables de aprovechamiento máximo de los recursos familiares y comunitarios escasos, donde prácticamente nada es desechable como basura y todo es útil y, por tanto, recuperable y reciclable: desde los desperdicios alimenticios familiares cuyo destino final es la engorda de animales de traspatio, hasta la ropa que va pasando de hermano a hermano, o los esquilmos o subproductos del maíz utilizados como pastura para el ganado -rastreo de la caña y el olote del maíz-. Hoy nombramos a este tipo de prácticas domésticas como "consumo responsable", pero la realidad es que se encuentran presentes desde hace siglos en las familias mexicanas rurales y del Sur de Jalisco.

Numerosos proyectos comunitarios se han realizado en la ACDRA en torno a la problemática ambiental: desde la aplicación de tecnologías apropiadas para captación de agua de lluvia (cisternas de ferro-cemento) o la preparación de alimentos (estufas ahorradoras de leña), la producción de alimentos sanos mediante la agricultura orgánica y la lombricultura, la separación y acopio comunitario de residuos sólidos como plásticos, vidrio y cartón, hasta la gestión sustentable del agua, entre otras muchas.

La dimensión política tiene como finalidad impulsar la asociatividad de sus miembros y grupos así como promover su participación en procesos de formación y acciones colectivas que permitan recuperar su presencia e incidencia en la esfera pública tanto municipal, como estatal y nacional. Entre las acciones colectivas regionales desarrolladas se encuentran la constitución de diversas asociaciones civiles sin fines de lucro en diversas comunidades y a nivel regional, el diálogo evaluativo de las acciones de gobierno en algunos municipios, la celebración de consultas ciudadanas en torno a temas de interés nacional, la realización de talleres de formación en derechos ciudadanos en las diversas micro-regiones y municipios que integran la región ciudadana, la reflexión sobre la participación electoral y sus vías más adecuadas, entre otras tareas. Destacan también, en esta dimensión política, las relaciones nacionales con diversos movimientos sociales. Es importante señalar que no ha sido la

toma del poder local o municipal la aspiración de los ciudadanos de la ACDRA sino que su apuesta principal ha estado centrada en los procesos de concientización ciudadana y ha encontrado diversas manifestaciones en su concreción: desde la observación electoral y la realización de consultas ciudadanas hasta la participación como consejeros electorales en los distritos. Los miembros de la ACDRA tienden a reconocer que los partidos políticos no han sido la solución para representar a los ciudadanos, sus necesidades y aspiraciones, sino más bien lo contrario. Por ello, el proceso de democratización nacional y en el Sur de Jalisco, de acuerdo con los dirigentes de la ACDRA, ha sido de "forma" y no de "fondo".

Finalmente, la dimensión social ha recobrado su importancia en la ACDRA dados los históricamente significativos esfuerzos de la diócesis en torno a los grupos cooperativos de vivienda, de salud alternativa y de abasto popular en diversos municipios de la región. En este sentido, los numerosos grupos de salud alternativa presentes en muchos municipios y comunidades en el Sur de Jalisco -producción y rescate de plantas medicinales, farmacias vivientes, herbolaria, microdosis, homeopatía, elaboración de ungüentos y pomadas, aplicación de imanes, entre otras prácticas curativas, han florecido en la región desde hace décadas permitiendo con ello conservar las tradiciones y conocimientos ancestrales y resignificando dichas prácticas con otros saberes alternativos. Se trata de un buen ejemplo del "diálogo de saberes" presente en la ACDRA.

Asimismo, las luchas por la vivienda en la región fueron promovidas desde los años ochenta con la participación popular y tuvieron un importante impulso a raíz del terremoto de 1985 que sacudió la región sur. De manera más reciente se encuentran los casos de los municipios de Amacueca y Atoyac, entre otros, donde se han creado cooperativas de vivienda. De ahí que las acciones de autoconstrucción y de mejoramiento de las viviendas, como prácticas culturales campesinas con fuerte raigambre histórica, sigan siendo una alternativa viable para la ACDRA.

6.4. ¿Qué tanto solidarismo se vive en la ACDRA?

Hemos visto que en medio de un panorama mexicano sumamente crítico y desolador, y como una estrategia construida 'desde abajo' y "desde su modo de vida campesino" para hacer frente al "desarrollismo neoliberal dominante", la Alianza Ciudadana para el Desarrollo Regional Alternativo (ACDRA-

SURJA) se ha convertido en un sujeto social novedoso -de carácter campesino, popular, territorial y ciudadano- en la región Sur de Jalisco. Su presencia territorial no es menor y socialmente agrupa a más de setenta colectivos locales y comunitarios de diverso tipo.

Si bien sus apuestas siguen siendo las iniciativas solidarias locales, aunque de manera incipiente, se avanza cada vez más en su articulación regional. Ello ha dado pie a la constitución de diversas redes socio-económicas y socio-ambientales, e incluso socio-académicas, que les permite construir alternativas campesinas desde la nueva realidad rural mexicana como una organización horizontalmente democrática. Junto a lo anterior, la participación femenina ha sido un componente característico de ella y da cuenta de la vitalidad del género en su compromiso y conciencia crítica.

Sin embargo, como toda realidad compleja, el proceso experimentado por la ACDRA no está exento de contradicciones, tanto en su interior como con su entorno. Alimentados por una fe liberadora surgida de las comunidades eclesiales de base, las acciones colectivas emprendidas por la organización-red constituyen una combinación de sus mejores prácticas culturales con las diversas dimensiones de la realidad social (económica, política, social, ambiental y cultural), en una suerte de abanico que les permite un abordaje de su complejidad social desde la perspectiva de los derechos ciudadanos -reconocimiento, vigencia y exigibilidad-, sumada a su articulación territorial interescalar -local, regional, nacional, global- y el rescate de su patrimonio cultural inmaterial. De ahí las diversas alianzas que la organización ha venido realizando con otras organizaciones campesinas, indígenas y peri-urbanas en México y con instituciones fuera del país, todo con el fin de pensar y actuar juntos -pensamiento/acción- en la construcción solidaria de alternativas multidimensionales.

Entre sus limitaciones habría que considerar su lento crecimiento organizativo territorial y social, además de la dificultad para la articulación regional de sus iniciativas locales hacia otras más consolidadas y pujantes. Con todo, la adversidad del sistema capitalista neoliberal mexicano, consistente con el despojo de los recursos y derechos de los campesinos y de los sectores populares desde hace más de tres décadas, se ha convertido en una gran ola por remontar en esta región sureña de Jalisco. A ello se le puede añadir la creciente criminalidad organizada que invade prácticamente todos los espacios junto con las desapariciones forzadas y violaciones a los derechos humanos por parte del Estado mexicano.

De manera que el conjunto de tradiciones, valores y prácticas culturales que constituye el solidarismo popular que está a la base de la experiencia, junto con el diálogo de saberes en juego (descolonialidad del saber), la construcción del territorio ciudadano, la búsqueda de la autonomía social, la generación de alternativas solidarias y multidimensionales, las articulaciones inter-escalares, en suma, la emergencia de nuevas formas de economías solidarias y populares, de prácticas democráticas amplias, de luchas ambientales y políticas, hacen de la ACDRA-SURJA una experiencia valiosa para ser reflexionada, estudiada y difundida como un caso de solidarismo popular en México. Campesinas y campesinos, campesindios solidarios, los miembros de la ACDRA son un testimonio mexicano vivo de la lucha-bisagra por conservar lo mejor de su pasado y por transformar sus condiciones de existencia.